



AVISO LEGAL

Artículo: Iberoamérica ante el siglo XXI

Autor: Díez Hochleitner, Ricardo

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 3, año VII, núm. 39 (mayo-junio de 1993), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Díez, R. (1993). Iberoamérica ante el siglo XXI. *Cuadernos Americanos*, 3(39), 42-52. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1993 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

IBEROAMÉRICA ANTE EL SIGLO XXI

Por *Ricardo Diez Hochleitner*
PRESIDENTE DEL CLUB DE ROMA

COINCIDE EN ESTE AÑO DE 1993 la conferencia anual del Club de Roma en Alemania, dedicada a una reflexión sobre las nuevas responsabilidades de Europa ante el siglo XXI (Visión de Europa 2020), con estas jornadas en Guatemala sobre Visión Iberoamericana 2000 gracias a la feliz iniciativa de la última Cumbre Iberoamericana y a propuesta del señor presidente de esta República centroamericana. Esta coincidencia es realmente significativa, por cuanto el contenido de ambos afanes es un serio empeño anticipatorio global sobre el devenir de la humanidad, desde la sabiduría que la historia ofrece y desde la solidaridad que la gravedad de los problemas de nuestro tiempo puede llegar a movilizar en todos.

El Club de Roma, que me honro en presidir ahora, es una excelente atalaya del acontecer en el mundo y de sus tendencias, además de verdadero revulsivo de la conciencia humana colectiva. Dentro de pocos meses, el Club de Roma celebrará su fundación hace ahora veinticinco años. Por aquel entonces resultaba sorprendente formular y debatir la *problemática mundial*, expresión por nosotros acuñada, es decir: el conjunto de los problemas que trascienden las fronteras de los Estados soberanos, desde una visión global y a largo plazo. Hoy en día se ha generalizado en el mundo, al menos de palabra, la idea de la interdependencia y el reconocimiento de la creciente complejidad de los fenómenos de todo orden, hasta llegar a la actual sensación generalizada de profunda incertidumbre ante el mañana, que ahora subrayamos en la insistente búsqueda de soluciones alternativas concretas, de carácter local o regional, desde la continua reflexión global.

Hace quinientos años, el afán creativo y la audacia de unos hombres visionarios y de temple, junto con la voluntad política y la fe de sus líderes, ampliaron en toda su redondez el horizonte del mundo

de aquel entonces con el inigualable hito del Descubrimiento en escarabajo, grandioso y tantas veces doloroso caminar humano hacia una civilización de lo universal y en busca de una mayor calidad de vida en todos los órdenes.¹

El *encuentro de dos mundos*, como luego se ha dicho, se hizo, en consecuencia, y sobre todo, *encuentro de culturas*, no sólo del Viejo y del Nuevo Mundo sino también en el interior del vasto nuevo espacio gracias a la intercomunicación que produjo el Descubrimiento entre las culturas autóctonas indoamericanas. Ésta fue sin duda una de las mayores aportaciones civilizadoras de aquella extraordinaria empresa, además del tributo anticipatorio al posterior intento integrador bolivariano y, sobre todo, para el actual empeño de creación de una Comunidad Iberoamericana. Por su parte, la aportación cultural del Viejo Mundo, a través de España y de Portugal, aquí sigue viva, como parte esencial de la identidad cultural de cada uno de los países, con una fe ampliamente compartida y un idioma hecho vehículo cultural universal.

De todos modos, el progresivo encuentro de dos mundos a través del descubrimiento, la conquista, la Colonización y la independencia, así como a través de la creciente cooperación en las últimas décadas, se ha hecho necesariamente desde la grandeza y la miseria de los hombres de su respectivo tiempo. Antes, los pueblos trataban de mejorar su suerte conquistando otras tierras y otros hombres, fronterizos o lejanos, y apropiándose, sobre todo, de los recursos naturales. Hoy en día escudriñan más su propio entorno y sus propias potencialidades inventivas, además de fomentar el comercio y la cooperación desde el respectivo valor añadido a los bienes y servicios. Un balance crítico, desde los criterios de nuestros días, nos hace clamar contra la injusticia humana y la explotación de la naturaleza que ha tenido lugar en ese proceso. Sin embargo, al tiempo que lamentamos las muchas oportunidades perdidas, no puede dejar de admirarnos la intensa transferencia cultural y tecnológica, junto con el progreso alcanzado en aquel proceso, que ha puesto bases sólidas y sin parangón en la historia de las relaciones intercontinentales para poder acometer la necesaria cooperación interregional que el futuro orden mundial hará bien en propugnar.

Desde entonces, desde el Descubrimiento, han transcurrido cinco siglos y, una vez más, el hombre se enfrenta globalmente al

¹ Ricardo Díez Hochleitner, "El amanecer de una nueva civilización", en Comité de expertos, EXPO 92, *El umbral del tercer milenio*, Sevilla, octubre, 1992.

universo a su alcance, que ahora se amplía y profundiza con la explotación del espacio y de los océanos, pero sobre todo por la inexorable interdependencia de los países en lo político, económico, ecológico, tecnológico, defensivo y aun social y cultural, pese a las profundas diferencias de sus respectivas identidades o precisamente debido a esas divergencias. Porque, hoy por hoy, quizá lo que en definitiva más una a los hombres y a los países sean los problemas globales (la *problemática mundial*, como gustamos decir en el Club de Roma), que desbordan toda frontera geopolítica y que se multiplican e interactúan de manera creciente hasta producir la complejidad sin precedentes del mundo de hoy, lo que constituye precisamente uno de los más importantes acicates de la creatividad e innovación en nuestro tiempo. Esta nueva realidad representa una diferencia sustancial con lo que fue el marco circundante en los tiempos del Descubrimiento, puesto que se trata de un fenómeno totalmente nuevo, que nace apenas hace unas pocas décadas y que constituye una nueva plataforma de reflexión para la acción. Tratar de simplificar esa complejidad sería tanto como pretender ocultar y manipular la realidad.²

El mundo de hoy y el que se puede avizorar para el próximo milenio son realidades profundamente distintas del pasado y lo serán del presente, con la consiguiente incertidumbre generalizada.

Actualmente nos estamos moviendo entre un pasado que se derrumba y un futuro incierto que anuncia, de forma perceptible, el amanecer de un nuevo estilo de vida y de una nueva cultura, de perfiles aún inciertos, en tránsito hacia una *sociedad global* orientada hacia una creciente mundialización en todos los órdenes. Todo parece contribuir a esta nueva realidad, en un proceso sin precedentes, desde el campo de la política internacional, de la economía, del medio ambiente, o de las comunicaciones, y todo ello afecta a todos y a cada uno de los habitantes de este mundo, querámoslo o no. Pero además, a diferencia del pasado, cuando el proceso de un cambio profundo influía gradualmente en muchas generaciones y, por lo tanto, daba tiempo para un cierto ajuste psicológico, ahora parece acelerarse el propio factor tiempo ante el ritmo y la profundidad de los contradictorios nuevos desafíos y oportunidades que surgen por doquier y que están conformando una nueva cultura y una historia distinta tan sólo a lo largo de nuestra propia existencia.

² Ricardo Díez Hochleitner, "Nacimiento de una nueva civilización", en *Exporum* 92, *Umbrales de grandes descubrimientos: 1492-1992*, Sevilla, 1987.

Baste destacar, entre algunos de los muchos logros actuales y de las oportunidades de futuro, aspectos tales como la extensión en el mundo del ejercicio de la libertad, de los derechos humanos, y de la democracia; la creación de comunidades supranacionales de cooperación económica y política; los programas en curso de desarme nuclear y de lucha contra la violencia y el terrorismo; la creciente expectativa de vida en los países más desarrollados; el progreso de la navegación espacial, la informática, la ingeniería genética o la omnipresencia de los medios de comunicación instantánea.

Sin embargo, éstos y otros muchos hechos alentadores se ven gravemente contrarrestados, por ejemplo, ante el avance de la xenofobia, del racismo y de los fanatismos; el creciente abandono del ejercicio de la responsabilidad y de los valores éticos y morales; la exacerbación de los nacionalismos y de las etnias, con la consecuente multiplicación de la violencia y del terrorismo; la explosión demográfica y el empobrecimiento progresivo de los países menos desarrollados, junto a una brecha cada día mayor entre los pobres y los más ricos en ausencia de una adecuada justicia distributiva; la expansión de la drogadicción y del narcotráfico, verdadera trata moderna de esclavos en cuerpo y mente; la destrucción acelerada de la biosfera que nos sustenta; la crisis económica y financiera generalizada o las hambrunas y malnutrición, junto a la exponencial difusión de nuevas y viejas pandemias.

De todos modos, las enumeraciones anteriores no abarcan sino algunos pocos de los muchos aspectos de ese universo de contradicciones que se mueven entre la esperanza y el caos, y que son responsables de la actual complejidad del panorama mundial, con el consiguiente clima generalizado de incertidumbre, todo lo cual ha sido tratado y resumido por el Consejo del Club de Roma en nuestro informe titulado *La primera revolución global*³ así como en el informe del CdR sobre la Conferencia de 1991 en Punta del Este dedicada a la América Latina.

De ahí que sea imprescindible indicar que población, medio ambiente, desarrollo, recursos, alimentos, industrialización, tecnología, política, cultura o valores son variables, entre otras muchas, de la ecuación que está en el centro de las incertidumbres sobre el futuro de los hombres, tanto más que la complejidad de sus mutuas interacciones obligan a tratar estos elementos en su conjunto.

³ Consejo del Club de Roma, coordinado por A. King y B. Schneider, *La primera revolución global*, Madrid-Barcelona, Círculo de Lectores, Plaza y Janés, 1992.

Hoy como ayer, el Club de Roma subraya que la solución de los grandes y complejos problemas del mundo exige una visión por encima de horizontes electorales cercanos. Sin embargo, en último análisis, el mundo carece hoy en día del liderazgo vigoroso y de amplia visión que sería urgente disponer, probablemente por estar urgidos por intereses políticos más inmediatos y tantas veces miopes, con lo que da la impresión de que estamos siendo gobernados generalmente de cara al pasado, para sociedades cuya realidad ya es muy distinta, en vez de mirar sería e ilusionadamente hacia la construcción del futuro.⁴

Dentro de ese contexto global, Iberoamérica ha visto modificarse profundamente su estructura demográfica, su economía, su desarrollo social y económico, así como su medio ambiente. La América y la España de hoy, cara al mañana, son, a su vez, una América y una España muy otras, no sólo de las de la época del Descubrimiento, sino también de la América y de la España de hace apenas unas pocas décadas.

La dura conquista iberoamericana de la libertad en democracia de estos últimos años se ha visto acosada por gigantescos problemas financieros, contabilizados ahora en una deuda internacional nunca antes imaginable, con la consiguiente crisis económica y social hecha tangible en el desempleo y la creciente pobreza, lo que pone en peligro el indispensable binomio de paz y desarrollo. La corrupción y el armamentismo afectan igualmente aún a muchas sociedades y con ello a los cimientos mismos de su gobernabilidad, interfiriendo los esfuerzos en pos de una Comunidad en línea con las fórmulas de gobernabilidad regional que, al igual que en Europa, son la mejor alternativa actual que las Naciones-Estado modernas tienen ante las complejidades de todo orden que las agobian.⁵ Sin embargo comienzan a sentirse los benéficos efectos de la revolución silenciosa iniciada durante los años recientes y en los que se ha propiciado una reestructuración económica y comenzado a extender los principios democráticos y de libertad económica, si bien aún persisten las inmensas desigualdades sociales y de oportunidades junto a un elevado porcentaje de extrema pobreza.

⁴ Conferencia del Club de Roma en Punta del Este (1991), "América Latina: Contradicciones y esperanzas", Madrid, Fundación BBV-Club de Roma, 1993.

⁵ Ricardo Díez Hochleitner, "España ante un mundo en profunda transformación", en *Cultura contemporánea, España ante el siglo XXI*, Madrid, Universidad Autónoma, 1992.

El nivel educativo promedio en Iberoamérica ha alcanzado, en muchos de sus países, porcentajes de alfabetización y cuotas de matriculación escolar muy elevadas en las últimas tres décadas pero se necesita acelerar este proceso para incorporar a todas las poblaciones indígenas aún marginadas y para ahondar en las soluciones de excelencia en la educación superior más avanzada a fin de poder constituir en cada país una auténtica infraestructura científica de investigadores. También se requieren inversiones considerables para poder apoyar eficazmente los profundos cambios en marcha que aprovechen los logros científicos y tecnológicos disponibles, desarrollando las ya muchas iniciativas y vigorosas realidades que presenta la ciencia y la tecnología autóctonas, aunque aún demasiado poco reconocidas.

Por su parte, el medio ambiente del "Continente de la esperanza" sigue degradándose aceleradamente ante el apremio de los más pobres pero, sobre todo, debido a la insaciable voracidad de las explotaciones de empresas multinacionales, que ponen cada vez más en peligro la necesaria armonía de los hombres de esos países con la hasta ahora generosa naturaleza de aquellas tierras.

Por todo lo anteriormente apuntado y por otras muchas razones sobre las que no viene al caso extenderse, cada uno de esos países y la región en su conjunto deben acometer cuanto antes la elaboración de un cuidadoso programa de acción a medio plazo, desde el balance de sus recursos humanos mejor formados, de su capacidad empresarial y de sus recursos naturales (incluido ese océano interior de riquezas que representa la Amazonia), para determinar el grado de progreso que puede alcanzar desde el umbral del siglo XXI, gracias a inversiones locales y extranjeras, sin poner en peligro el obligado principio del desarrollo sostenible.

Desde esas realidades americanas así como de las correspondientes europeas y mundiales actuales, es muy oportuno hacer ahora una reflexión de cara a una Visión Iberoamericana 2000, tal y como nos lo han propuesto a esta Cumbre del Pensamiento, por iniciativa del gobierno de Guatemala y con la cooperación de la UNESCO, la CEPAL y la OEA.

La prospectiva siempre ha sido una tarea muy difícil e incluso puede parecer un atrevimiento. Sin embargo, antes tenía mayor sentido hacer proyecciones lineales porque se partía de un buen puñado de certezas globales. Por el contrario, hoy en día son muy pocas las certezas (¡si las hay!) y, en cambio, sobradas las incertidumbres del mañana. De todos modos voy a tratar de hacer, a continuación, algunas pocas reflexiones de futuro.

Por de pronto, la hazaña del Descubrimiento, protagonizada por Cristóbal Colón, no va a ser repetida nunca más. Las extraordinarias hazañas de Armstrong, al pisar la Luna por primera vez, y de Cousteau, al iluminar los abismos de los océanos, tienen una importancia científica, tecnológica, humana y aun cultural indiscutibles, pero les ha faltado la dimensión esencial del Descubrimiento que, al fin y al cabo, no fue tanto la de descubrir tierra allende el océano y, con ello, confirmar la redondez del planeta, sino sobre todo descubrir tierras habitables y habitadas por semejantes. Las exploraciones del espacio en curso mantienen aún cierta incertidumbre sobre la posibilidad de tan magno encuentro con seres racionales en alguno de los acaso infinitos cuerpos celestes pero, de todos modos, los descubrimientos de ese alcance en nuestro planeta ya no son posibles y sí, en cambio, queda amplio margen para la exploración de las profundidades de la tierra y, sobre todo, de los océanos, que es la gran tarea pendiente ante el siglo XXI, ahora que se agotan los recursos naturales más a mano. La comunidad iberoamericana hará muy bien en dar prioridad a tal empresa, desde su privilegiada posición de un continente bañado por el Pacífico y el Atlántico, sin olvidar la inmensa reserva y la clave climática de la Antártida.

Hacia finales del siglo XXI, los iberoamericanos sobre la faz de la tierra podemos sumar fácilmente por encima de los 1 000 millones, con lo cual se van a modificar radicalmente las demandas básicas de alimentos, vivienda, educación y servicios para la salud. Por de pronto, todos habrán tratado, a principios de siglo, de acceder también a los productos de consumo propios de la economía del derroche al uso, espoleados por los programas audiovisuales de los países más industrializados. En consecuencia, la gente no se habrá conformado con su suerte y puede tratar de emigrar masivamente durante décadas, pese a todas las cortapisas y riesgos, hasta producir grandes confrontaciones entre ricos y pobres, tanto en el interior como el exterior, para por fin tomar el futuro en sus manos, dentro de modelos de desarrollo autóctonos y adaptados a sus respectivas realidades económicas, sociales y culturales. De todos modos, y a pesar de la baja densidad de población en Centro y Sur América, no pasará mucho tiempo antes de que todos se percaten al fin que una moderación del actual crecimiento demográfico exponencial es altamente deseable, pero que sólo debe producirse desde una educación integral que incorpore plenamente a la mujer y que respete siempre las convicciones y la intimidad de cada pareja. El estudio del genoma y la ingeniería genética podrá llegar a ahorrar

mucho sufrimiento y minusvalías, lamentablemente después de no pocos abusos de todo tipo, y las vacunas sintéticas, como las descubiertas por el científico colombiano Elkin Patarroyo, y otros avances de la ciencia, es de esperar permitan superar el gigantesco flagelo del SIDA y de otras pandemias viejas y nuevas, exacerbadas por fenómenos medioambientales, que constituirán el gran freno del crecimiento demográfico en el mundo durante la primera mitad del siglo XXI.

Sin embargo, y como bien decía Simón Bolívar: "Si la existencia es el primer bien, el segundo es el modo de subsistir". Pues bien, para ello, lo esencial es intentar lograr entre todos los iberoamericanos el reencuentro con nosotros mismos en un mundo que nos es común, más allá del "encuentro de dos mundos", y tratar de redescubrir desde España y al Portugal, desde la Europa toda, la nueva realidad y las perspectivas de estas tierras y de sus gentes como mejor manera de redescubrirnos a nosotros mismos. También ustedes tienen que descubrir a la España y el Portugal de nuestros días, insertos en la Europa que nos es propia, para facilitar así el diálogo y la cooperación en un proyecto común.

Para una Visión Iberoamericana 2000 tenemos que lograr descubrir en toda su dimensión la dignidad de nuestra raza de hombres, sean blancos, indios, negros, mestizos o amarillos, con iguales derechos pero también con crecientes obligaciones y responsabilidades comunes. A lo largo del siglo XXI quizá celebren todos la afirmación del hombre, de cada hombre y mujer, en su sagrada inviolabilidad y soberanía individual, además de colectiva.

En el horizonte 2000 espero ya no existan marginados —indios, mujeres, niños, viejos o chabolistas—, porque habrá ya plena conciencia de que la mayor riqueza de un país es el conjunto de sus gentes, conviviendo en armonía, y porque se habrá inpuesto la justicia social gracias a un desarrollo humano que haya superado en el mundo el afán consumista y desarrollista de nuestro tiempo, convencidos para entonces de los límites sagrados de nuestra biosfera, para asegurar así la supervivencia de la especie.⁶ Para ese entonces, no creo que los políticos y gobernantes se atrevan ya a recurrir a la posible culpa de los tiempos coloniales como excusa de la marginación —tal y como ocurre aún, a veces, después de más de un siglo de independencia de todos aquellos países—, pese a lo cual siguen

⁶ D. Meadows, *Más allá de los límites del crecimiento*, Madrid, El País-Aguilar, 1992.

existiendo importantes poblaciones indígenas que no han logrado acceder a la educación, a los servicios de salud, vivienda ni comunicaciones adecuadas por falta de una política eficaz de prioridades y a causa de una mala gestión pública.

Ese necesario cambio de *estilo de vida* para lograr el progreso colectivo, desde el afianzamiento de la dignidad y del desarrollo integral de cada persona, promoverá enérgicamente la extensión de la educación permanente y avanzada a lo largo de las próximas décadas, profundizando el cultivo de nuestro idioma cultural común (incluso en España) para enriquecer el lenguaje en lo científico, económico o tecnológico, además del idioma culto, con un probable florecer de lo mejor de la retórica para que devuelva el alma y la estética al debate político. En consecuencia, a lo largo del siglo XXI ya no se detendrán tanto en porcentajes de alfabetización básica o funcional porque por entonces se multiplicarán, más bien, las campañas de alfabetización puntuales (ambiental, médica, científica, musical y de otras bellas artes, por ejemplo), después de haber generalizado la alfabetización informática o la de los idiomas instrumentales extranjeros tan desatendidos aún en nuestros días.

La revolución educativa ahora pendiente seguramente habrá tenido lugar a principios del siglo XXI para poder hacer frente a la demanda de recursos humanos formados con un alto nivel cultural, proclives a la convivencia democrática, capaces de crear riquezas y con un alto sentido de responsabilidad, incluido respeto a cuanto se refiere al medio ambiente. Aprender para el futuro será tema tan principal que podrá ser cierta para entonces la afirmación de Nietzsche, quien llegó a decir que 'llegará el tiempo en que la política se ocupará tan sólo de los problemas educativos'.

Por mi parte creo que en el umbral del siglo XXI se logrará superar el actual pasmo ante la información masiva e instantánea, gracias a los medios de comunicación social, y se valorará tan sólo la información hecha *conocimiento*, gracias a criterios interpretativos. Incluso es posible que las celebraciones del próximo Centenario del Descubrimiento o reencuentro acierten en convertirse al fin en un homenaje a la sabiduría humana, apoyada en la ética y en los valores morales, como máximo patrimonio de la humanidad, en vez de detenerse en efímeros monumentos a la vanidad humana de los actores del momento.

Gracias a todo ello será posible alcanzar un desarrollo sostenible, con economías, preponderantemente de servicios y tecnologías de punta, como una fase avanzada del simple crecimiento

económico de la era industrial que ahora culmina. Para entonces se asombrarán que en nuestro tiempo abundaran los gobernantes que aún creían y propugnaban el pleno empleo, sin reparar que los empleos realmente productivos se iban a ir reduciendo inexorablemente y que se imponía un nuevo modelo social de redistribución de la riqueza y de convivencia gracias a múltiples ocupaciones sociales eficaces ofrecidas a los más, como mejor manera de asegurar la justicia social distributiva y la igualdad de oportunidades, además de garantizar la dignidad de cada persona en una plena participación democrática.

Lo anterior significa que, para entonces, se habrá superado (empezando por los propios Estados Unidos) el hasta ahora referencial *American dream*, para empezar a recuperar la esencia de una cultura occidental dispuesta a compartir y a vivir en armonía consigo misma, junto con otras culturas milenarias o nuevas, y con la naturaleza toda. El signo de una Visión Iberoamericana 2000 bien pudiera ser el de una ética global, en el que se generalice la adopción de una ética nueva sobre el uso del tiempo, del dinero, de los recursos, de la cooperación, del saber, de la cooperación internacional, etcétera.

En ese proceso, y con ese espíritu, la soberanía de los Estados-nación que defiende la supervivencia, la cohesión y el desarrollo de los pueblos que, con sus respectivas identidades culturales, se desenvuelven en su seno, tendrá que compartir y hacer concesiones progresivas a la correspondiente Comunidad supranacional. La Unión Europea, el Mercosur, el TLC, el Mercado Común Centroamericano, al igual que el ASEAN o el CEI (si sobrevive a esta década), habrán tenido que dar pasos progresivos de cooperación intercomunitarios, incluidos tratados interregionales de libre comercio, hasta llegar a conformar una intrincada red de mecanismos de gobierno universal sobre parcelas concretas para la solución de problemas globales prioritarios, por encima de cualquier tentación de confrontación entre bloques.

A la hora de iniciar el próximo milenio también es probable que ya se haya consolidado el principio de la injerencia internacional, no sólo como un derecho sino como un deber, siempre que se conculquen gravemente los derechos humanos. Sin embargo, tales intervenciones tendrán que estar en manos exclusivas de un órgano universal y democrático de todos los Estados-nación, representados a su vez por sus respectivos mecanismos comunitarios, a cuyo servicio estén los para entonces más poderosos Estados, en vez del triste espectáculo actual en el que el Consejo de Seguridad hace

de comparsa de los poderosos (a veces ante la inhibición de Europa o de Asia), especialmente de la única superpotencia, lo cual no deja de ser lamentable, por muy justa que sea la causa.

En consideración de esa y de otras perspectivas similares, Iberoamérica tiene ahora la oportunidad de asumir una nueva empresa de proyección universal, de cara al siglo XXI, en un esfuerzo dedicado a la cooperación solidaria con los demás países y en pie de igualdad, dentro del espíritu y de la garantía de los valores propios de lo mejor de nuestras tradiciones y esperanzas de futuro.⁷

Un tal proyecto, cargado de exigencias y de oportunidades, no puede limitarse a las agrupaciones subregionales de países latinoamericanos (Mercosur, Pacto Andino, Mercado Centroamericano) ni tampoco a una Iberoamérica que englobe a todos sus países miembros, sino que tiene que proyectarse a los países del Norte y a los de todos los continentes. Sólo así se dará sentido al pasado y al futuro común de Iberoamérica. El mundo de hoy no puede vivir sin la América Latina y América Latina no puede vivir sin el mundo.

Por lo tanto, esa gran transición hacia el siglo XXI hay que hacerla desde lo mejor de los valores del espíritu: desde la cultura, desde la ciencia, desde la educación y desde la libertad.

No hace muchos meses he escrito que el ejercicio pleno de los derechos y de las responsabilidades individuales y colectivos es el paradigma de la libertad. Ante un mundo en profunda transformación, Iberoamérica puede y debe ser faro y palanca de la libertad de todos en el umbral del siglo XXI, en el que espero que todos los habitantes de ese entonces puedan descubrir un mundo más humano, más solidario y más esperanzado.

⁷ Ricardo Díez Hochleitner, "España ante un mundo en transformación", en *El País* (Madrid), 30 de diciembre de 1992.